A DON NARCISO ALONSO CORTÉS,

MENTOR DE MI PRIMERA VOZ

Mi alma se dobla, tierna, y, asomada,
como en un pozo, en mí se mira hundida;
en el trémulo fondo de mi vida
queda su leve sombra reflejada.

Queda su sombra en ese hondón dormido
del tiempo sosegado; en esa pura
quietud de mis recuerdos, e inaugura
una imagen de niño revivido.

Me veo niño, sí; me miro vivo
en el aire dorado de mi infancia;
tú apacentando allí mi voz naciente.

Aun recorre un temblor esto que escribo
de aquella brisa, clara de fragancia,
que tú pastoreabas tiernamente.

MANUEL ALONSO ALCALDE